

Semanario Pintoresco Español.

SEGUNDA SERIE.

TOMO II.



(Últimos momentos del condestable Don Alvaro de Luna.)

A NUESTROS LECTORES.

Al dar principio al quinto año del SEMANARIO, quisiéramos poder ofrecer á nuestros constantes suscritores todos aquellos adelantos que entraron en nuestro cálculo al intentar aclimatar entre nosotros por primera vez una publicación modesta, popular, útil é inofensiva como la que dirigimos.

De nuestra parte estaba escitar el celo de plumas distinguidas para que se prestasen á cooperar con sus trabajos propios á una obra que nos propusimos siempre revestir de un carácter de nacio-

Segunda serie.—Tomo II.

nalidad; y cuyas páginas habian de llenar preferentemente los monumentos artísticos, los hombres ilustres, los usos y costumbres, las producciones científicas y literarias de nuestra España, tan descuidada generalmente por nuestras mismas plumas y pinceles.

Llevados de igual sentimiento de patriotismo aspiramos también á crear entre nosotros los medios artísticos de ejecución, emancipándonos de la dependencia de los artistas extranjeros, y haciendo cultivar á los nuestros el grabado en madera, único que puede surtir convenientemente á este género de publicaciones, que por su forma y por su pre-

ció son las mas necesarias para popularizar los conocimientos útiles y amenos.

Creemos habernos acercado á nuestros deseos en ambos extremos, y el público lector al recorrer las páginas del tomo que concluyó con el año de 1839, y verlas suscritas por firmas bien conocidas y apreciadas en la república literaria, no dudamos que sabrá estimar el celo con que hemos empleado en su obsequio nuestras escitaciones, nuestros medios, y hasta nuestras relaciones personales.

Igualmente tenemos la satisfaccion de haber abierto una nueva palestra en que lucir su talento á varios jóvenes artistas dibujantes y grabadores,

los cuales por sus esfuerzos propios, sin maestros especiales, y destituidos de otros mil medios para aprender y perfeccionarse, han llegado en nuestro entender á acercarse mucho á los extranjeros, de lo cual ofrecen buen testimonio los grabados de la *Exposicion de la academia* trabajados por *D. J. Castilla*, y los que acompañan á la entrega de hoy, y son; la *Portada* del tomo anterior, por *D. V. Castelló*; *El cuento de Vieja*, por *D. F. Batanero*; y por último el bellissimo de los *Ultimos momentos de D. Alvaro de Luna*, por *D. C. Ortega*, joven artista que impulsado de su entusiasmo y venciendo mil obstáculos, pasó hace algunos meses á la capi-

tal de Francia á perfeccionarse en el grabado, y nos remite en prueba de sus rápidos adelantos el bellissimo con que hoy damos principio al SEMANARIO. Nuestro célebre compatriota D. Federico de Madrazo, autor de este precioso dibujo; el original *Alenza* que ha hecho el de la vieja, y el joven D. Antonio Bravo, el de la portada, han contribuido no poco con su esmerado trabajo á hacer resaltar el de los grabadores ya citados.

Hay sin embargo en este género de publicaciones muchos elementos que combinan para su debida perfeccion, y desgraciadamente no todos están en nuestro pais á igual altura, ni en manos de los directores de una empresa semejante el hacerlos marchar con igual impulso.

No basta escoger buenos y conocidos colaboradores, y preparar concienzudamente los trabajos literarios y científicos, no basta procurar igualmente á toda costa dibujos originales é inéditos, y hacerlos grabar con esmero, es preciso tambien contar con la parte material del papel y de la prensa, que por la indole particular de esta publicacion exige otros medios que los que se emplean en las comunes.

Por una fatalidad inconcebible, y en medio de los notables adelantos que se hacen diariamente en nuestro pais, la fabricacion del papel de impresion está todavia tan atrasada, que no dudamos asegurar que acaso es el objeto que sufre menos comparacion con el extranjero. Tal vez se explique este atraso por la proteccion que el arancel dispensa á nuestras fábricas, manteniendo la prohibicion (ó su equivalente por el recargo de un derecho enorme) á la entrada del papel extranjero, y dando lugar no solo á que nuestra fabricacion no adelante por falta de rivalidad, sino á que el papel tenga un coste por lo menos doble que el corriente en Francia é Inglaterra. Hemos aprovechado sin embargo la ocasion de una nueva fábrica establecida el año último con grandes desembolsos en las inmediaciones de esta Corte, y creemos que en adelante podrá perfeccionarse este artículo por medio de las costosas máquinas que su dueño ha introducido en ella.

La dificultad y falta de práctica en nuestras imprentas de esta parte delicada del mecanismo del arte que consiste en usar de las prensas y máquinas tipográficas para imprimir con el molde los grabados con toda la delicadeza que exigen, da también lugar á que estos pierdan muchas veces su efecto principal; á pesar de ello, creemos haber adelantado en la impresion del *Semanario* regularmente en este punto en el año último, y es de esperar que en el entrante quedarán completamente servidos nuestros lectores.

Recapitulando lo arriba expresado reconocemos que todavia nos falta algun camino hasta llegar al punto que nos hace desear nuestro deseo; pero estamos persuadidos de que siguiendo en él con la misma constancia que hasta aqui, y no perdonando medio de mejora por difícil ó costoso, podremos al

fin obtener todo el aprecio de nuestros lectores imparciales, y felicitarnos por haber realizado el pensamiento de esta publicacion popular.

CRÓNICA NACIONAL (1).

Últimos momentos del condestable D. Alvaro de Luna.



..... Otro dia muy en amaneciendo oyó «misa muy devotamente, y recibió «el cuerpo de nuestro Señor, y demandó que le diesen alguna cosa con que bebiese, y traegeronle un plato de guindas de las cuales comió muy pocas, y bebió una taza de vino puro. Y despues que esto fué hecho cabalgó en una mula y Diego Destuñiga «y muchos caballeros que le acompañaban, é iban los «pregoneros pregonando en altas voces: *Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á este cruel «tirano y usurpador de la corona real en pena de sus «maldades mandándole degollar por ello. Y así lo llevarón por la calle de Francos y por la costanilla hasta que «llegaron á la plaza donde estaba hecho un cádalso alto «de madera, y todavia los frailes iban juntos con él «aforzándole que muriese con Dios: y desque llegó al «cádalso hicieronle descabalgar, y desque sobió encima vió «un tapete tendido y una cruz delante y ciertas «antorchas encendidas, y un garavato de hierro linéado «en un madero, y luego hincó las rodillas y adoró la «cruz, y despues levantóse en pie y paseóse dos veces «por el cadalso: y allí el maestro dió á un page suyo «llamado Morales á quien habia dado la mula al tiempo «que descabalgó, una sortija de sellar que en la mano «llevara y un sombrero y le dijo: Toma el postrimero «bien que de mí puedes recibir, el cual lo recibió con «mucho llanto. Y en la plaza y en las ventanas habia «infinitas gentes que habian venido de todos los lugares «de aquella comarca á ver aquel acto, los cuales desque «vieron al maestro así andar paseando comenzaron de hacer muy gran llanto; y todavia los frailes estaban juntos con él diciéndole que no se acordase de su gran estado y señorío y muriese como buen cristiano: él les respondió que así lo hacia y que fuesen ciertos que en la «de parecía á los santos mártires. Y hablando en estas cosas alzó los ojos y vió á Barrasa, caballero del príncipe y llamóle y dijo: *Ven acá Barrasa, tu estas «aquí mirando la muerte que me dan, yo te ruego que «digas al príncipe mi señor que dé mejor galardón á «sus criados que el rey mi señor mandó dar á mí. E ya «el verdugo sacaba un cordel para le atar las manos, el «maestro le preguntó ¿que quieres hacer? el verdugo le «dijo: quiero señor ataros las manos con este cordel; el «maestro le dijo, no hagas así, y diciéndole esto quitóse «una cintilla de los pechos y dióselo y dijo: atame con «esta é yo te ruego que mires si traes buen puñal afila-**

(1) Puede verse el artículo biográfico de D. Alvaro de Luna escrito por D. Antonio Gil y Zarate, en el número 125 del *Semanario*.

«do por que prestamente me despaches. Otrósi le dijo; «dime; aquel garavato que está en aquel madero ¿para qué está allí puesto? el verdugo le dijo que era para que «después que fuese degollado pusiesen allí su cabeza; el «maestre dijo: Después que yo fuere degollado hagan del «cuerpo y de la cabeza lo que querrán. Y esto hecho co- «mencó á desabrocharse el collar del jubon y aderezarse «la ropa que traía vestida que era larga de chamelote «azul forrada en raposos ferreros, y como el maestre «fué tendido en el estrado luego llegó á él el verdugo y «demandóle perdon y dióle paz y pasó el puñal por su «garganta y cortóle la cabeza y púsola en el garavato, y «estuvo la cabeza allí nueve dias y el cuerpo tres dias: y «puso un bacín de plata á la cabecera donde el maestre «estaba degollado para que allí echasen el dinero los que «quisiesen dar limosna para con que le enterrasen, y en «aquél bacín fué echado asaz dinero, y pasados los tres «dias vinieron todos los frailes de la misericordia y to- «maron su cuerpo en unas andas y llevaronle á enterrar «en una ermita que dicen S. Andrés donde se suelen en- «terrar todos los malhechores, y dende á pocos dias fué «sacado de allí y llevado á enterrar al monasterio de San «Francisco que es dentro en la villa. Y pasado asaz tiem- «po fué traído el cuerpo con su cabeza á una muy sun- «tuosa capilla que él había mandado hacer en la iglesia «mayor de la ciudad de Toledo; y así hubo fin toda la «gloria del maestre y condestable D. ALVARO DE LUNA.»

Por complemento de la esplicacion del grabado que vá al frente de este número, hemos obtenido de la am- «tad de uno de nuestros mas distinguidos literatos, au- «tor de un bellissimo drama titulado D. ALVARO DE LUNA, que muy en breve tendrá el público ocasion de admirar en el teatro, que nos permitiese insertar aqui unas pre- «ciosas décimas que el autor pone en boca de aquel des- «graciado magnate en sus últimos momentos.

DON ALVARO

mirando un reloj de arena.

Arena, que sin sentir
tan callada vas pasando,
contigo veloz llevando
mi fugitivo existir;
lo que resta á mi vivir
mido ya en tí con certeza;
pues con bárbara fiereza,
á impulsos del hado insano,
al caer tu último grano
caerá tambien mi cabeza.

Caerá cuando alzaba el cielo
mas orgullosa mi frente,
cuando con planta insolente
pisaba al vencido suelo.

Á tanto remonté el vuelo
en alas de la ambicion,
que en tan alta elevacion
cercaño el sol me abrasara:
¡Que la suerte me faltára
sobrándome corazón!

¡Morir! ¿Qué importa la muerte
cuando con gloria se alcanza,
si viene en pos de una lanza
vibrada por mano fuerte?
Morir debí de esa suerte,
que fuera honroso morir;
mas ¡esta infamia sufrir;
yo que de grande blasono!
¡debiendo subir á un trono,
á un vil cadalso subir!

Y qué, ¿el lustre de mi fama
el cadalso empañará?
No, que antes él brillará
con la luz que ella derrama.
Mas ennoblece que infama
al que es de virtud ejemplo;
y si bora en él me contemplo,
tal vez la posteridad,
obrando con equidad,
hará que se cambie en templo.

Porque en mis hombros robustos
treinta años sostuve el trono,
guardándolo en su abandono
de contrarios mil injustos.
Débil, sin gloria, entre sustos,
yo le dí fuerza y quietud;
y un día con rectitud
la historia á los dos juzgando,
mi lealtad ensalzando,
culpará su ingratitud.

Mas lejos ya tal locura;
grande fuí, pequeño soy,
y solo pensemos hoy
en otra mayor ventura:
Sí, que en la celeste altura,
si alcanzarla merecí,
grande seré como aquí;
y esta grandeza falaz,
si en el mundo es tan fugaz,
pura, eterna será allí.

EL FIN DEL AÑO.



El 31 de diciembre del año último entre once y doce de la noche el jóven Carlos de... tomó una llavecita que tenía pendiente de la cadena de su reloj, y con ella abrió una cajita de caoba de la cual sacó un libro infolio forrado en tafíete negro.

Por poco inclinada á la melancolía que se halle nues- tra alma, por poco aficionado que sea nuestro espíritu á las ideas filosóficas, difícil es ver concluir un año sin entregarse á sólidas reflexiones. Si es un año de nuestra juventud, es una perla que se desprende de ese collar de ilusiones que ensarta nuestra imaginacion. Si un año de nuestra edad madura, un nuevo fruto del árbol de nues- tra vida: ó si un año de nuestra vejez, un escalon que descendemos hácia la tumba...

Carlos de... es un jóven como hay muchos, mas de

los que se cree, en el mundo en que vivimos. Bajo de una apariencia frívola y ligera, oculta un carácter recto y una razón inalterable, y nunca deja pasar una cosa sería sin examinarla, ni da un paso sin saber bien donde sienta el pie.

Los comerciantes tienen un gran libro en que escriben los guarismos de sus negocios, un registro oficial en el cual se desarrolla su fortuna mercantil sobre una doble columna de pérdidas y utilidades. El libro de Carlos era muy semejante en la forma, solo que en lugar de su fortuna era su vida la que se hallaba anotada en partida doble sobre aquel registro, en el cual todas las noches escribía el bien ó el mal que había hecho, lo que había ganado ó perdido, la felicidad y la desgracia de aquel día. La mayor parte del tiempo se reducía á una nota igual; porque en la vida ordinaria son raros los sucesos, y la existencia de Carlos al abrigo de una modesta fortuna se pasaba en una tranquila independencia.

El último día y la última hora del mes de diciembre estaban próximos á espirar, y Carlos hizo su balance; sumando, pues, su diario quería saber lo que el año le había producido, ó lo que le había costado para el presente y para el porvenir. Trataba únicamente de adicionar los días felices y los días fatales, marcados cada uno con una señal particular; y nada más fácil después que hacer el balance de los sucesos buenos y malos.

Antes de entrar nuestro jóven en los pormenores de esta recapitulación hojeó su libro desde la primera hasta la última página, y vió con sorpresa que de los 365 días de que se compone el año, solo 16 estaban anotados con la señal de un suceso cualquiera. Los demás no habían dejado ningún recuerdo, y su historia se limitaba á estas palabras.

—Me levanté; me desayuné; me paseé; comí; cené; y me fui á acostar.—

Los teatros, los saraos, las visitas eran unas variaciones demasiado leves. Y esta monotonía no hay que atribuirle á la vida ociosa que llevaba Carlos. Las personas ocupadas pasan una vida por lo menos tan uniforme como la suya. De nueve á tres en el bufete si son empleados particulares; en el despacho si son funcionarios públicos, en el tribunal si son curiales ó magistrados; en la caja ó en la bolsa si son comerciantes, tal es el empleo regular del tiempo; todos los días se repiten las mismas ocupaciones, y el mismo guarismo cero se repite en el libro de su vida.

«Así es, decía entre sí tristemente que no ha vivido más que 16 días en este año; lo restante del tiempo he vejatado. Si saco la cuenta por horas encuentro, que he empleado tres mil, esto es, la tercera parte del año en dormir; seiscientos en vestirme; ochocientos en comer; el fastidio ha tenido una parte no pequeña, y la casualidad no ha querido favorecer los momentos que me restaban disponibles. ¿Deberé quejarme, ó me daré por contento?»

Era preciso separar de la balanza cincuenta semanas sin pérdidas ni utilidades, sin accidentes de ninguna especie. De los 16 días que se habían preservado de esa monotonía ocho llevaban la señal de la felicidad y otros ocho la de la desgracia. Pero acaso la igualdad de esta partición debería desaparecer por la importancia más ó menos grande de los sucesos.

— Dos veces en el año se había visto en peligro de morir. — En el servicio público había adquirido un ataque pulmonar yendo de patrulla en una cruda noche de enero, porque así lo exigía la salud del estado. — Su caballo se le había desbocado en otra ocasión, y lo había arrojado en una zanja profunda. También es cierto que en dos

ocasiones se había visto en ocasión de hacer fortuna. Le habían propuesto que tomase parte en una especulación cuyo éxito excedió á todas las esperanzas, y en la que hubiera ganado diez mil duros si hubiera aceptado. — Una de sus tías le propuso casarse con una hermosa jóven; había vacilado algún tiempo, y por fin se decidió por la negativa. Tres meses después la misma jóven había adquirido una herencia inesperada que ascendía á algunos millones, pero entonces era indispensable renunciar á tan ventajoso partido, porque los millones aspiraban nada menos que á una corona ducal.

Un amigo á quien Federico sirvió de testigo en un desafío, quedó muerto en el campo. — Una mujer á quien amaba, le había hecho traición. — Le habían robado una preciosa repetición mientras admiraba un magnífico cuadro en la exposición de artes. — Una comedia que había tenido la debilidad de componer sin necesidad se la habían silbado; tales habían sido sus desgracias durante el año.

Sin embargo, el año había tenido muy buenos principios. El día 2 de febrero había recibido una carta en que le anunciaban la muerte de un pariente remoto suyo, y con ella la herencia de 12000 pesos que en la partición le habían caído. — Poco después había adquirido por dos duros un cuadro de un célebre pintor que valía más de 500. — Las demás aventuras del año consistían en seis conquistas femeniles de más ó menos precio.

Hecha pues la cuenta se encontró que el balance del año producía una suma igual de utilidades y de pérdidas. La dicha y la desgracia en lo pasado eran iguales, y nada había ganado ni comprometido para el porvenir.

La balanza estaba igual en ambos lados, pero era preciso quitar del platillo del año finado un año menos de existencia y en el platillo del nuevo unas cuantas canas más; este último hizo inclinar la balanza hácia aquel lado, y el dió á conocer que el año que menos se pierde, se pierde un año.

METEOROLOGIA.

Causas de los vientos.



Entre los fenómenos que diariamente se presentan á nuestros ojos, no son ciertamente los menos dignos de atención los meteorológicos, y solo puede atribuirse á la costumbre de estarlos viendo continuamente, el que se miren, por decirlo así, con indiferencia por la mayor parte de las gentes, atendiendo tan solo á los efectos materiales que causan ya en bien, ya en mal; pero sin procurar averiguar nunca la causa de estos imponentes fenómenos. Preciso es también confesar que la meteorología, si bien ha hecho progresos considerables de algunos años á esta parte, no se halla todavía al nivel de otros ramos de las ciencias físicas, y es de creer que no llegará á igualarse á ellos hasta que se haya reunido un caudal considerable de observaciones, sobre las cuales pueda establecerse sólidamente la ciencia. Como quiera que sea, no cabiendo en el espacio de el *Semanario*, ni siendo conforme á su índole, el presentar un curso completo de este ó el otro ramo del saber humano, basta el estado en que la meteorología se encuentra, para poder dar una idea ge-

neral á nuestros lectores de los fenómenos que mas les importa conocer.

Nos proponemos, pues, presentar en algunos artículos con toda la sencillez que nos sea posible, y huyendo cuanto podamos de términos científicos y de consideraciones elevadas, una explicación de los fenómenos de los vientos, las nubes, el rocío, la niebla, la lluvia, la nieve, la escarcha, el hielo, el arco iris, la aurora boreal, etc. etc., empezando hoy por dar á conocer las causas de los vientos.

Sabido es de todos que el globo de la tierra gira sobre su eje en el espacio de 24 horas, movimiento que produce los días y las noches, y que por lo mismo ha recibido el nombre de *rotacion diurna*; y no lo es menos que este globo se halla rodeado por una cantidad de aire llamado atmosférico, que llega hasta cierta altura, que todavía no se ha podido determinar con exactitud, aunque se cree por cálculos muy fundados que podrá tener de elevacion por término medio de diez y seis á diez y siete mil pies.

Esta cubierta de aire que rodea nuestro globo, ó esta *atmosfera*, que es el nombre que se le dá, debe seguir, y sigue efectivamente el movimiento de rotacion de la tierra; pero como no está verdaderamente unida á la parte sólida, ni á la líquida que constituye los mares, y por otro lado es menor su peso específico, resulta que su movimiento no es tan rápido como el de la tierra, y por consiguiente parece que debe formarse una corriente de aire en sentido contrario al movimiento de rotacion del globo, esto es, de oriente á occidente.

Pero esta diferencia de velocidades no es igual en todos los puntos de la tierra, sino que es mucho mas sensible en el *ecuador* (que es el círculo que divide á la tierra en dos partes iguales perpendicularmente al eje sobre el que se mueve), y desde allí vá gradualmente disminuyendo hasta los *polos* ó extremos del mismo eje; así es que desde dicho círculo hasta una distancia de seiscientos ó setecientos leguas á uno y otro lado, reinan constantemente unos vientos de levante, ó sea en direccion de oriente á occidente, conocidos con el nombre de vientos *alisios* ó *monzones*. Desde dicha distancia hasta los polos pierde su fuerza la causa principal que produce aquellos vientos, y por último se hacen insensibles.

Mas no es esta la única causa de los vientos, sino que hay otras muy poderosas. En el día, que ha llegado á ser tan comun el lanzar á la atmosfera globos hechos de papel, por medio del enrarecimiento del aire, saben todos, aunque nunca hayan saludado la física, que el calor hace el aire mas ligero, y que siéndolo propende á subir sobre el mas pesado, el cual, por una consecuencia necesaria, ha de bajar á ocupar el espacio que aquel deja. Ahora bien, el suelo ó el agua que se hallan en contacto con las capas inferiores del aire en las regiones ecuatoriales comunican su calor á dichas capas, principalmente por la noche, época en que la ausencia del sol hace que se enfrien las capas superiores; las moléculas de aire inferiores enrarecidas por el calor y hechas mas ligeras, suben hacia lo mas alto de la atmosfera, y el sitio que dejan le ocupan las moléculas que anteriormente se hallaban á su lado; este movimiento vá continuándose de unas en otras moléculas, y resulta que todas se mueven en la direccion de los polos hacia el ecuador, produciendo dos nuevas corrientes de aire que, sintiendo en parte los efectos de la primera causa de que hemos hablado, no pueden seguir exactamente la direccion que hemos dicho, sino que se desvian una y otra hacia el occidente. El aire que debajo del ecuador ha subido á la parte alta de la atmosfera vá acercándose al uno ó al otro polo en virtud

de la perturbacion de equilibrio que ha sufrido la masa total, y enfriándose sucesivamente, hasta que al llegar á las regiones mas frias, viene á ser arrebatado por la corriente inferior, y aproximado de nuevo hacia el ecuador.

Tales son las dos causas universalmente reconocidas, que dan origen á los vientos generales, mas estos se encuentran modificados por una infinidad de circunstancias; la atraccion que el sol y la luna ejercen sobre la atmosfera, y que varía tan notablemente cuando los dos astros la verifican en un mismo sentido ó en sentidos contrarios; la diferente posicion de la tierra con respecto al sol, segun las épocas del año, que hace que unos mismos puntos del globo reciban mucho mas calor en ciertas estaciones que en otras; las nubes que suspendidas en la atmosfera oponen un obstáculo mayor ó menor á la marcha del viento; el estado eléctrico de la misma atmosfera; las desigualdades de la superficie de la tierra que presentan á veces á los vientos generales un estorbo que no pueden vencer, y les obligan á tomar una direccion muy distinta de la que llevaban; en fin, las erupciones volcánicas, la combustion de los cuerpos, la respiracion y transpiracion de los animales y vegetales, etc. etc. contribuyen poderosamente á la alteracion de dichas corrientes, ya variando su direccion, ya aumentando su velocidad y fuerza, ya disminuyéndola ó acaso neutralizándola del todo. Cada una de estas causas, considerada por sí y aisladamente no producirá un grande efecto, mas cuando se reunen varias, ó pueden obrar en sentido opuesto unas de otras, y destruyéndose mutuamente no producir efecto alguno sobre el viento; ó pueden obrar todas en el mismo sentido, y en ese caso si este es inverso, al movimiento de la corriente paralizarla completamente, que es lo que sucede cuando no se percibe viento alguno, y se dice que se está en calma; ó si es favorable al movimiento pueden aumentar la fuerza de este, y llegar á formarse los vientos fuertes y los huracanes. El pretender tomar en consideracion el efecto de cada una de estas causas citadas, nos haria entrar en cálculos y combinaciones que no caben en los estrechos límites de un periódico; pero lo dicho basta para que nuestros lectores puedan formar una idea general del influjo que tienen en la formacion y modificacion de los vientos.

Concluiremos este artículo con una tabla de las velocidades del viento segun las diferentes circunstancias, y de los nombres que recibe segun la velocidad con que se mueve.

Velocidad del viento en una hora.

6.400 pies.	Viento apenas sensible
13.000	Viento sensible.
26.000	Viento moderado.
70.000	Viento algo fuerte.
128.000	Viento fuerte.
260.000	Viento muy fuerte.
290.000	Tempestad.
349.000	Gran tempestad.
575.000	Huracan.
582.000	Huracan capaz de arrancar los árboles y derribar las casas.

Nos parece inútil hablar de los efectos naturales de los vientos, pues todo el mundo conoce su saludable influencia cuando son moderados, y sus consecuencias terribles cuando llegan á los cuatro últimos grados de la tabla anterior.

EL REY EN LA PROCESION.

I.

Cuando su luz y su sombra
mezclan la noche y la tarde,
y los objetos se sumen
en la sombra impenetrable,
en un postigo escusado
que á una callejuela sale
de una casa, cuya puerta
principal dá á la otra calle,
dos hombres que se despiden
se ven, aunque no se sabe
ni cual de los dos se queda,
ni cual de los dos se parte.
Ambos mirándose atentos,
ambos un pie hácia adelante
parados en el dintel
están, y entrambos iguales.
Por fin el mas viejo de ellos,
hundiendo el mústio semblante
entre el sombrero y la capa
en ademán de marcharse,
torció la cabeza á un lado
pronunciando un *no* tan grave,
que bien se vió que era el fin
de las pláticas de enantes.
Sin Joda el otro entendido
no encontró que replicarle,
pues bajando la cabeza
callóse por un instante.
— «Buenas noches» dijo el viejo;
tartamudeó un — «Dios le guarde»
el otro, mas decidiéndose
hizo hácia el viejo un avance:
— Mírelo bien, y cuidado
no se arrepienta, compadre.
— Nunca eché mas que una cuenta.
— Piénselo bien, y no pase
sin contar lo que vá de él
á don Juan de Colmenares.
— Señor, replicó el anciano,
en tiempos tan deplorables
ya sé que lo pueden todo
los ricos y los audaces.
— Pues mire lo que le importa,
que rico y audaz señales
son con que hacea la fama
á los que en mi casa nacen.
Callaron por un momento,
y continuando mirándose,
dijo el viejo tristemente,
aunque en tono irrevocable:
— Nunca lo esperé de vos,
mas tampoco vos ni nadie
puede esperar mas de mí.
— Pues entonces adelante,
idos buen viejo con Dios,
que estoy deprisa y es tarde.
Cerró la puerta de golpe
á escuchar sin esperarle
una respuesta que el viejo
tuvo tentacion de darle,
y acaso por su fortuna
quedó á tal punto en la calle,
para dársela á la puerta
donde la deshizo el aire.
Volvió el anciano la espalda,
y en dos golpes desiguales
sus pasos descompasados
pueden de lejos contarse;

porque sus pies impedidos
deben á su edad y achaques
una muleta que marcha
un pié que los suyos antes.
La esquina á espacio traspuso,
y á poco otro hombre mas ágil,
saliendo por el postigo
siguió en silencio su alcance;
túvole al volver la esquina,
tendió los ojos sagaces,
y enderezó los oídos
atento por todas partes;
mas no oyendo ni escuchando
de que poder recelarse,
tomando el rastro del viejo,
echó por la misma calle.

II.

En un aposento ambiguo
medió portal, medio tienda,
que hace asimismo las veces
de cocina y de despensa,
pues dá su entrada á la calle,
y en confuso ajuar ostenta
camas, hormas y un caldero
colgado en la chimenea,
hoy seis personas distintas
que hacen al pié de la letra
(salvo el padre que está ausente)
una raza verdadera.
Un mozo de veinte abriles,
una muchacha risueña
de diez y seis, tres muchachos,
y una anciana de sesenta.
Y aunque á las veces nos turban
engañosas apariencias,
zapateros son de oficio
sí á espacio se considera;
que está la estancia aromada
con vapores de pez negra,
que ribetea la moza,
y que el mozo maja suela.
— Mucho tarda, dijo el último,
padre esta noche, Teresa.
— Ya ha tiempo que ha anochecido.
— Muchacho, aira esa vela,
y deja quieto ese bote.
Y esto diciendo en voz recia
el mozo, siguió en silencio
cada cual en su tarea,
el chico sitiando al bote,
ribeteando la doncella,
majando el mozo á compás,
y dormitando la vieja.
Con monotonos murmullos
areallaban esta escena
el son de la escasa lluvia
de un aguacero que empieza,
el no interrumpido son
con que hierve la caldera,
y el tumultuoso chasquido
con que la luz chisporrea.
— ¿Las nueve son? dijo el mozo.
— Oh, las ánimas sueñan
con sus campanas, repuso
santiguándose Teresa:—
— ¡Las ánimas, y aun no vienen!
y echando atrás la silleta,
se puso el mancebo en pié,
y encaminóse á la puerta.
Al ruido que hizo en el cuarto
despertándose la vieja
dijo: ¿rezaís á las ánimas?
— Si señora, estése queda.
— Asíó al mancebo la aldaba,
mas la habia alzado apenas
cuando un espantoso golpe

venció la puerta por fuera.
Muerto soy, dijo una voz;
 cayó un embozado en tierra,
 y vióse un hombre que huía
 al fin de la callejuela.
 En derredor del caído
 se agolparon, que aun conserva
 algun resto de la vida
 que le arraucan á la fuerza;
 mas no bien le desenvuelven
 por ver piadosos si alienta,
 un grito descompasado
 lanzó...la familia entera.
 Blasfemó el mozo con ira,
 desmayóse la doncella,
 y la anciana y los muchachos
 en llanto á la par revieotan.
 --Padre ¿quién fué? --preguntaba
 sosteniendo la cabeza
 del anciano moribundo
 el hijo que llora y tiembla.-
 Echóle triste mirada
 su padre, como quien lega
 su razon y su justicia
 en quien se fija con ella.
 --Juan...

-¿Qué Juan?

-de Colmenares,
 balbuceó con torpe lengua,
 y sobre el brazo del hijo
 dobló la faz macilenta.

Reinó un silencio solemne
 por un instante en la escena,
 y á reunirse empezaron
 vecinos de ambas aceras;
 llegó la justicia al punto,
 y mientras *justicia* ella,
 partió por la turba el mozo
 en faz de intencion siniestra-
 -¿Dónde vá? dijo un corchete.
 -Siendo yo su sangre mesma
 ¿á donde sino al culpable?
 -Voy con vos- Enhora buena.
 (-Por si acaso, vá seguro)
 dijo para si el de presa,
 mientras el mozo resuelto
 ganó á una esquina la vuelta.

(Se concluirá).

Diciembre de 1839.

J. DE ZORRILLA.



EL CUENTO DE VIEJA.

ADVERTENCIAS. 1.^a El ajuste del molde no ha permitido cabida para el cuento de vieja, que irá en el siguiente.

2.^a Hoy se reparte á los suscriptores la portada, el índice y cubiertas del tomo de 1839, y se advierte para que puedan reclamarlo de los repartidores.